

El concepto de naturaleza y de estado de naturaleza en Pestalozzi

por José María QUINTANA CABANAS

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Igual que Rousseau –a quien sigue muy de cerca en este tema–, Pestalozzi se refiere muy a menudo a la naturaleza considerándola como motor y norma de todas las cosas y, por ende, también del desarrollo humano y, en último término, de la educación. Pero, como aquel autor, no se para en esclarecer ni definir este concepto, que, siendo fundamental y trascendente, en sus escritos aparece sólo como implícito y únicamente supuesto. El hacerlo explícito, viendo el sentido en que lo toma y utiliza Pestalozzi, es el objeto del presente estudio (que bien podría ser el tema de una magnífica tesis doctoral). En su exposición, al usar textos de Pestalozzi, al citarlos y para abreviar, los encabezaremos con la sigla «Pz», seguida del año del libro citado y, a continuación, la página; si se trata de citas tomadas de la edición crítica alemana (llamada PSW) de sus Obras completas, pondremos en cifras romanas el número del volumen y, en cifras arábigas, la página correspondiente.

Planteamiento de la cuestión: Pestalozzi, ¿un epigono de Rousseau?

Pestalozzi, en su juventud, fue un fervoroso lector del Emilio, hasta el punto de que trató de educar a su hijo Jacobo (así llamado en honor al Ginebrino) según las pautas propuestas en dicho libro. Esto supone que, según comenta Hager (1998, 176), la verdadera educación, para ambos pensadores, se basa en el desarrollo de la naturaleza del niño mucho más que en la actividad educadora del preceptor o en el influjo de las circunstancias o del medio social. «De este modo, la educación de la naturaleza como desarrollo interno de las facultades y de los órganos del niño es el factor decisivo de la educación, para Rousseau, e igualmente para el Pestalozzi tanto del *Diario sobre la educación de su hijo*, de 1774, como de *El canto del cisne*, publicado en 1826», es decir, durante toda su vida.

Esto nos plantea ya la necesidad de saber qué entienden ambos pedagogos

por naturaleza. Entienden lo que ya todo el pensamiento de la Ilustración ve como tal. Rousseau, como precursor del Romanticismo, envuelve dicho concepto con un halo no sólo de grandeza, sino también de sugestión. De aquí arranca la consigna rusioniana de una «vuelta a la naturaleza», que Pestalozzi no llega a compartir, porque —como veremos— la naturaleza humana existente la considera degradada.

Dice Natorp (s.a., 61) que Pestalozzi amplía el concepto de naturaleza de Rousseau. Cuando Pestalozzi habla de naturaleza se refiere sobre todo a la naturaleza humana. No precisa qué sea esa naturaleza, pero esta indeterminación es típica del pensamiento pestalozziano. Heubaum subraya, incluso, que, con el paso de los años, más indeterminada todavía dejaba Pestalozzi la idea de naturaleza, con lo cual ésta se hacía cada vez más rica.

Hemos de tener en cuenta una cosa muy importante. Pestalozzi, que comenzó siendo un epígono perfecto de Rousseau, con el tiempo y las experiencias pedagógicas (y ya muy pronto) fue madurando en su propio pensamiento, y acabó por superar el naturalismo ingenuo de Rousseau y proclamar la necesidad de una intervención activa de la educación que encauzara y completara la obra de la naturaleza.

Llegó a esto —según veremos— por varios caminos; entre otros, por su consideración de que, en la formación del hombre, no todo depende de la naturaleza, sino que tal formación —dice en *Mis*

investigaciones— surge de tres factores distintos: *el hombre es producto de la naturaleza, producto de la sociedad y un producto de sí mismo*. «Con esto —comenta Böhm (2004, 77s)— Pestalozzi distingue tres elementos en el pensamiento pedagógico, pero considerando esas tres perspectivas como complementarias y teniendo entre sí una relación de polaridad, no de sucesión temporal, en la formación de la persona». La educación no es mero desarrollo espontáneo: ella aparece no con una luz simple, sino sombreada por su textura compleja. Con todo, sigue siendo cierto que «el método ha de poner en funcionamiento los impulsos humanos del niño dentro de los límites a que aquel está sujeto, es decir, en aquella materia producida por él mismo y que, por ende, expresa su naturaleza, y en aquella forma seguida por él y que, por tal motivo, es anunciadora de sus leyes» (Pz, 2006, 40).

La teoría de la educación de Rousseau es mucho más simple, pues contempla un solo factor originario (el primero de los tres mencionados por Pestalozzi). Comentando a aquel pedagogo, afirma Gutiérrez (1992, 10178) que, para él, «la originaria naturaleza buena del educando constituye siempre la fuente y el artífice de la educación», la cual podrá ser sólo «negativa», no cuidando más que de «preservar el corazón del vicio, y la mente, del error», sin ejercer ninguna intervención positiva.

Pestalozzi critica el estilo educativo de ese simple dejar hacer propuesto por Rousseau, y afirma que la educación familiar ha de dirigir al niño e imponerle algunos límites, pues, en opinión de

Pestalozzi, —según comenta Stadler (1988, 240)— «el hombre corriente, a partir de sí mismo y abandonado a sí mismo, es muy poco capaz; necesita ser conducido por una educación popular constante y reglamentadora».

Pestalozzi, pues, disiente de Rousseau con respecto a las posibilidades de la naturaleza en cuanto promotora poderosa y efectiva del buen desarrollo humano. Pero no disiente de él en modo alguno ni en cuanto al concepto trascendente de naturaleza ni a su papel trascendental de modelo y reguladora de tal desarrollo. Es lo que vamos a ver en el presente estudio. Para esto, iría muy bien cotejarlo con un estudio paralelo sobre «el concepto de naturaleza y de estado de naturaleza en Rousseau»; no vamos a hacer esto en las páginas que siguen pero, en todo caso, sepa el lector que nosotros hemos realizado también dicho estudio, aparte, y con este título está siendo publicado en Educación XXI, revista de la Facultad de Educación de la UNED (Madrid).

El concepto de naturaleza y atributos de ésta

En la idea de naturaleza —que, mejor, deberíamos escribir «Naturaleza», con mayúscula— Pestalozzi, según apuntábamos, sigue la concepción del pensamiento de la Ilustración (movimiento al cual él mismo pertenece, como uno de sus representantes): se trata de una idea prerromántica, pues la naturaleza se intuye no sólo como fuente y soporte de cuanto existe, sino también como verdadera «alma del mundo» y, en este sentido, se la considera consciente, benévola, finalista y pro-

vidente. No es solamente naturaleza física: es una realidad metafísica, espiritual en cierto modo.

Pestalozzi nos habla de ella caracterizándola continuamente de esta manera. La ve como una especie de entelequia positiva: entelequia en el sentido de Aristóteles, de algo que tiene en sí sus propios fines y tiende a ellos como guiado por una tendencia propia más o menos inteligente; y positiva en cuanto que esos fines son buenos y convenientes, de modo que son fuente de valor. Es por eso que Pestalozzi, hablando ya de la naturaleza humana en concreto, dice que en la misma sólo es naturaleza el impulso a lo espiritual y superior, mientras que el conjunto de los estímulos sensitivos y animales forman algo que no es naturaleza, sino un elemento «no natural»; y así, el egoísmo y demás impulsos animales son algo «contrario a la naturaleza».

Veamos los caracteres que Pestalozzi atribuye a la naturaleza.

1. En Pestalozzi (Pz, s.a., 27), la naturaleza es vista como la obra y creación de Dios y, por consiguiente, expresión de la sabiduría y providencia divinas; «la naturaleza es cosa de Dios, es una naturaleza divina (...) y toda concepción que no lleve a ver la excelencia divina de esa naturaleza es indigna de ella y tampoco es divina, ni humana» (Pz, 2004a, 185). Para Pestalozzi (Pz, PSW XXII, 290), la naturaleza tiene una capacidad divina y una actuación autónoma, y por esto él habla de

«la sagrada naturaleza» (Pz, PSW XXII, 224).

2. De lo anterior se deduce que «la naturaleza es grande y sigue subsistiendo aun en medio de todos los errores, todas las lagunas y todas las indignicias que los hombres introducen en ella» (Pz, PSW XXII, 289).
3. La naturaleza es «universalmente activa» (Pz, s.a., 220); y como, además, tiene poder, grandeza y benevolencia, no es extraño que haga «prodigios» (Pz, PSW XXII, 210).
4. Tiene «unidad» y «unidad interior», de modo que en ella se expresa una «armonía divina» (Pz, PSW XXII, 159).
5. Dinámicamente, esto se traduce en su *regularidad*: «la naturaleza en todas sus situaciones es igual a sí misma» (Pz, 2001, 93). Pestalozzi dice muy a menudo que «las *leyes eternas e inmutables* de la naturaleza son las mismas que rigen la naturaleza humana» (Pz, 2003, 86). «La esencia de la naturaleza de lo cual procede la forma del desarrollo requerido por las personas es, en sí mismo, inmovible y eterno, y es y debe ser inmovible y eterno fundamento del arte» (Pz, 2004a, 185).
6. Es consciente. Pestalozzi (Pz, 2001, 149) habla de lo que la naturaleza «quiere».
7. Con los anteriores atributos, la naturaleza se convierte en la norma de todo: «la naturaleza es la *eterna*

verdad y, para nosotros, la *norma eterna* de toda verdad» (Pz, s.a., 221). Según comenta Moog (1933, 237), para Pestalozzi, al hombre, «lo que le interesa es el ‘orden de la naturaleza’, siguiendo el cual él encuentra la verdad tal como la necesita para pensar bien y para vivir bien».

8. La naturaleza es finalista: «a fin de que el niño pueda moverse, la naturaleza le ha puesto unas articulaciones en todos los miembros de su cuerpo (...) En la medida en que el niño consigue una actividad total y es hábil para adoptar todas las posturas corporales y posibles movimientos, la naturaleza ha cumplido en él la obra de su desarrollo físico» (Pz, 2001, 148).
9. Si la naturaleza es finalista y, además, poderosa, será también providente:

«Comprende, oh hombre, esa acción de la excelsa naturaleza, viendo cómo cuida y protege cada tallo particular recién formado y cómo une cada nueva parte a la vida ya segura de otra parte antigua (...) Has de comprender cómo la madre naturaleza, en el despliegue del primer retoño que brota, desarrolla también el germen de la raíz y sepulta profundamente en el seno de la tierra la parte más noble del árbol (...) El mecanismo de la naturaleza humana sensitiva se halla, en esencia, sometido a las mismas leyes por las que en general la naturaleza física

desarrolla sus fuerzas» (Pz, 2005, 189s).

10. Y es providente especialmente para el hombre: «la naturaleza llevó a la humanidad, en todas sus épocas, al vislumbre de aquello que debería haberle procurado su ennoblecimiento, pero que nunca se lo procuró», por fallos de esa humanidad (XIV, 204). «La naturaleza no falla a la humanidad cuando a ésta le están fallando los medios artificiales de educar esa naturaleza» (XXVIII, 28). «La naturaleza desarrolla las disposiciones de la humanidad a través de la atención que el niño presta a la satisfacción de sus necesidades corporales» (Pz, 2005, 168).
11. Esta providencia humana de la naturaleza se nota en que ella sana los fallos de los hombres: «la naturaleza es grande y firme en sí misma, sanando y ayudando por sí misma, en casos de errores y lagunas y de fallos que los hombres cometen contra ella» (Pz, 2004a, 185).
12. La naturaleza no es rígida, sino plástica: «la fuerza de la naturaleza, aun cuando conduce irresistiblemente hacia la verdad, no es rígida en su conducción» (Pz, 2001, 35).
13. Para Pestalozzi, lo natural es opuesto a lo artificial, pero no a lo racional, ya que, para él –según nos hace observar Moog (1933, 238)– la naturaleza no enseña de un modo violento, pero sí con orden, firmeza y exactitud.

La acción de la naturaleza en el hombre

Toda esa maravillosa acción de la naturaleza se nota esencialmente en el hombre, que es su criatura más excelente. La naturaleza actúa constantemente en el género humano, haciendo en él, «tanto hoy como desde toda la eternidad, todo aquello que puede hacer en él y debe hacer en él» (Pz, PSW XIV, 205). Con lo cual, la naturaleza es el bien del hombre y de la humanidad: «el hombre es alimentado en el pecho de la naturaleza y, descansando en su seno, halla todas las dichas» (Pz, 2005, 199). «¡Oh, excelsa vía de la naturaleza! La verdad a la cual tú conduces es capacidad y acción, fuente, formación, consumación y concordia de todo el ser de la humanidad» (Pz, 2001, 34s).

Con esto, «la felicidad del hombre se logra cuando éste hace tanto como puede que todas las cosas sigan su curso natural» (Pz, 2004a, 186). A este conformarse a las leyes de la naturaleza, Pestalozzi lo llama estar en la «verdad» (Pz, 2003, 111).

«Lo humano de nuestra naturaleza germina únicamente a partir de lo divino que es cuidado y cultivado en ella» (Pz, PSW XXII, 247). Cabalmente, «el proceso de la naturaleza como fundamento para el desarrollo de la humanidad es santo y divino» (Pz, 2003, 58); y, dado que «la naturaleza sola hace lo bueno en nosotros, y ella sola nos lleva de un modo incorrupto y seguro a la verdad y a la sabiduría» (Pz, 2004, 186), resulta que la naturaleza se convierte en el paradigma del buen desarrollo humano. «El sentimiento

que el hombre tiene de sus capacidades humanas viene a ser la expresión de las leyes eternas, indestructibles e invariables que, en su disposición humana, subyacen al proceso de desarrollo de la naturaleza» (Pz, 2003, 54). Pestalozzi compara la fuerza inmutable de la naturaleza en dirigir el desarrollo de los hombres «a la luz que Dios enciende y aviva eternamente en el corazón de los padres y de las madres» (Pz, s.a., 139).

El buen desarrollo se cifra en conseguir la madurez, porque «sólo lo maduro es fecundo, y todo lo maduro lo es» (Pz, 2001, 123).

«La naturaleza es grande» y posee «una acción curativa y asistencial» que, cuando no se la impide violentamente, «se opone a todos los errores, a todos los males y a todas las lagunas de la actuación humana» (Pz, PSW XXII, 318). Y si, a pesar de todo, se producen algunas desviaciones en el desarrollo humano, la naturaleza no vacila en corregirlos: «la remediadora de nuestra torpeza, la madre naturaleza, para todos nuestros errores encuentra siempre una especie de equilibrio con el cual nos los hace soportables» (Pz, 2004a, 186).

El hombre no puede desviarse de la naturaleza impunemente, pues «más pronto o más tarde, pero siempre, la naturaleza se vengará de toda acción que el hombre haga contra ella» (Pz, 2004a, 186).

Los males del hombre y del niño vienen de haberse desviado del curso y exigencias de la naturaleza: «cuando se halla

destruida la unidad de nuestra naturaleza, y su armonía divina no se ve mantenida o restablecida en nosotros, todos constituimos un arrogante y pobre conjunto humano dirigido tanto contra nosotros mismos como contra nuestros hermanos» (Pz, PSW XXII, 159).

En definitiva: según dice Pestalozzi en la Primera Carta de Cómo Gertrudis enseña a sus hijos, «sólo la naturaleza humana nos hace buenos; sólo ella nos conduce recta y firmemente a la sabiduría y a la verdad. Cuanto más seguía sus huellas y trataba más de anudar mi acción a la suya, y aguzaba más mis fuerzas para acomodar mi andar al suyo, tanto más inmensos me parecían sus pasos» (Pz, PSW XIII, 201s).

La naturaleza humana

Pestalozzi comienza por decir que «la naturaleza ha puesto pocas limitaciones a nuestra dignificación» (Pz, 2001, 101). Y es lógico; si ya toda la naturaleza (la física y la animada) tiene tan elevados atributos, júzguese cuáles serán los del ser más excelso de ella, los del rey de la Creación. Pestalozzi los concibe al nivel máximo: habla de «la esencia superior y más noble de la naturaleza humana» (Pz, PSW XXII, 251) y de «la excelsa y santa naturaleza humana» (ibíd.), y por esto opina que la fe y el amor son dos sentimientos que se hallan ya inicialmente en la naturaleza humana (Pz, PSW XX, 276), y la educación «no es otra cosa que el arte de hacer salir lo bueno que tienen las disposiciones de la naturaleza humana de ésta misma, como de su suelo natural» (Pz, PSW XXII, 277), entendiendo que el

niño tiene una naturaleza espiritual superior (Pz, PSW XXII, 178).

Pestalozzi concibe dos niveles en la naturaleza: la naturaleza sensible, de tipo animal, y un núcleo interno que constituye una esencia interior divina (Pz, 2003, 77) y representa la verdadera naturaleza humana, que es, de por sí, algo divino y eterno (Pz, 2003, 80). Y esto lo dice no en sentido metafórico, sino en sentido real: «la naturaleza humana es una naturaleza de Dios, es una naturaleza divina (...) Lo humano de nuestra naturaleza sólo se desarrolla verdaderamente a través de lo divino que hay en ella. Todas nuestras disposiciones se forman de un modo humano sólo en ese excelso y puro desarrollo» (Pz, PSW XXII, 195).

Pestalozzi habla a menudo (Pz, PSW XXII, 183) de «lo divino que hay en nuestra naturaleza», de la «pureza de la naturaleza humana interior» y de «el santuario de nuestra naturaleza», y añade (Pz, PSW XX, 236) que esto confiere al hombre una dignidad interior originaria, que se revela en la vida moral de la persona: la naturaleza humana está en aquello en lo cual el hombre se diferencia de los animales y, según la ley de la «conformidad» a la naturaleza, «exige una subordinación de las necesidades de nuestra naturaleza animal a las necesidades superiores de la esencia interior y divina de las disposiciones y capacidades de nuestro corazón, de nuestra mente y de nuestro arte» (Pz, 2003, 54).

La naturaleza humana, para Pestalozzi, originalmente es buena. Dice que

tanto los fundadores de religiones como los legisladores y los sabios del mundo se equivocaron en su concepción de la naturaleza humana, porque «todos ellos confundieron el estado de la naturaleza tal cual es con su estado original, es decir, confundieron el deterioro de la naturaleza humana con la esencia de ésta» (Pz, PSW XIV, 218).

Por su perfección intrínseca, la naturaleza guía al hombre hacia la verdad: «en lo más íntimo de tu naturaleza, oh hombre, está aquello que con fe y adoración percibe la verdad, la inocencia y el candor» (Pz, 2001, 43). Y, con todo lo dicho, la educación elemental, cuando es natural, suele actuar en el sentido del espíritu (Pz, 2003, 82).

La naturaleza como paradigma de la educación

Un modo práctico y efectivo de aclarar un concepto es ver a qué otro concepto se opone. Y así, acabamos de ver que, en Pestalozzi, naturaleza humana se opone a animalidad. En Rousseau, lo natural se opone a lo «artificial» y, con esto, naturaleza se opone a sociedad y a cultura humana. Y, de un modo análogo (en la forma, no en el fondo), Pestalozzi, a naturaleza, le contraponen *arte* (el arte del artesano: el saber hacer, *Kunstkraft*, *Kunst*).

La naturaleza es lo espontáneamente dado y existente en la realidad; el arte surge con *la acción del hombre sobre ella*. En la formación humana, hay un desarrollo natural, que es espontáneo, y hay también una intervención humana sobre este desarrollo en el sentido de apoyarlo, ayudarlo, estimularlo, corregirlo o completar-

lo. Esto, y no otra cosa, es *la educación*. Así pues, para Pestalozzi la educación es «arte», y así lo dice constantemente.

Pero este arte no puede ser caprichoso, sino que ha de adaptarse a las pautas de la naturaleza en el desarrollo humano: «la sublime grandeza de la naturaleza se hace consciente a los hombres, sobre todo, por el reconocimiento de la gran ley de una conformidad a la naturaleza. En un sentido propio, se trata de la revelación de la naturaleza al género humano. Quien anda en la luz de tal revelación va por buen camino» (Pz, PSW XXII, 318). «La esencia de la naturaleza, de donde emana la forma del desarrollo necesario a nuestra especie, es en sí misma eterna e inmutable, y, referida a la educación, es y ha de ser su fundamento inmutable y eterno» (Pz, s.a., 109).

Pestalozzi (Pz, PSW XXII, 290) pide al maestro que se fortalezca con la capacidad divina de la propia naturaleza, que tenga fe en ella y que considere la conformidad a la naturaleza como algo superior a él mismo, pues él ha de sentirse únicamente como una gota en el mar de la excelsitud de la naturaleza. Esta fe en la naturaleza ha de ser el fundamento de la educación.

La naturaleza es el valor supremo; por tanto, la educación únicamente ha de ayudar a la eclosión espontánea de lo que ya está en el niño:

«La activación y capacitación hecha por la educación no es una limitación desde fuera, sino una ampliación desde

dentro; no tiende a una negativa obstaculización del mal, sino a una positiva actuación del bien. Opera contra la debilidad aumentando la fuerza realmente existente; contra el error, desarrollando los gérmenes de verdad existentes; contra la sensibilidad, nutriendo y robusteciendo la mente (...) El maestro que sigue el método está alimentando y cultivando lo existente con un sagrado respeto, como una planta que el Padre celestial ha plantado, y le está abriendo siempre más posibilidades. Se guarda bien de querer destruir algo de ella, a fin de no destruir el trigo junto con la cizaña. De igual modo que, siguiendo este espíritu y en un sentido cristiano, y lleno de modestia y de entrega desinteresada, respeta absolutamente la naturaleza humana procurando actuar como un silencioso instrumento en el reino de Dios, así también hace, con dignidad sacerdotal, de mediador entre Dios y el niño y la vida» (Pz, PSW XXII, 141s).

«Un pueblo que en la educación da libre curso a la excelsa ley de la naturaleza y que va por su camino con reverencia se parece a un campo en cuyo suelo preparado crece la semilla de un modo uniforme en todas partes, con la fuerza de un desarrollo incontenido. Por el contrario, un pueblo que merodea en franca rebeldía contra esta ley, o bien prescinde de la misma en un silencio envenenado, no puede esperar el bien de la conformidad a la naturaleza. En tal pueblo, sólo raras veces y casualmente hay personas concretas que alcanzan su noble perfección interior» (Pz, PSW XXII, 319s).

Pestalozzi piensa que al niño «la naturaleza lo enseña mejor que los hombres», y por esto «es esencial a nuestra naturaleza que se ayude al hombre sólo ateniéndose a esa naturaleza» (Pz, 2004a, 191). Al niño en cuanto sujeto de la educación, Pestalozzi lo llama alegóricamente «el taller de la naturaleza» (Pz, PSW XXII, 297).

La buena educación «no es nada más que la propia naturaleza humana tal como ella se va abriendo paso en medio de la corrupción de las personas, entre rocas y raíces extrañas y potente como las raíces del roble» (Pz, PSW XXII, 278). En la obra *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos* (Pz, s.a., 109ss), se expone ampliamente la relación entre la educación y la naturaleza humana. La mala educación consiste en que «prefiramos el andamiaje artificioso de nuestras opiniones muertas a la simple y excelsa indicación que nos da la divina naturaleza» (Pz, PSW XXII, 310). Igual que la naturaleza en general tiene unidad, también la naturaleza humana posee «unidad interior» (Pz, PSW XXII, 159), y de aquí se deriva aquella norma, tan repetida por Pestalozzi, de que el desarrollo humano no ha de ser «unilateral», cultivando una capacidad más que otras, sino que han de desarrollarse todas ellas por igual, «armónicamente»: si no lo hacemos así, «destruimos en nosotros lo más sagrado de nuestra naturaleza» (Pz, PSW XXII, 11).

El hombre sólo llega a ser hombre por su naturaleza espiritual y moral; su naturaleza sensible no lo lleva a este nivel y, para lograrlo, hay que someter la naturaleza sensible del hombre a su naturaleza

espiritual y moral, y sólo así el hombre se hace autónomo, libre y feliz (cf. Pz, s.a., 221). A esto ayuda el cristianismo, el cual «no es otra cosa que la elevación del instinto a la razón, y de la naturaleza a la altura de una revelación divina» (Pz, PSW XXII, 184).

La educación e instrucción han de conformarse a la naturaleza

Una diferencia esencial entre Pestalozzi y Rousseau, ya indicada, es que este último tiene la concepción de la educación como simple «crecimiento» natural, sin intervención del hombre ni de la educación (teoría de la educación «negativa»), mientras que, para Pestalozzi, al no ser perfecto el desarrollo natural espontáneo, hay que *ayudarlo* a que lo sea, para lo cual se requiere la acción del arte humano, es decir, de la educación; pero a condición de que ese arte se guíe por lo que quiere la naturaleza: «*el hombre sólo por el arte llega a ser hombre; pero tan lejos como vaya ese conductor nuestro, que nos hemos dado a nosotros mismos, ha de ir unido firmemente en toda su acción a la marcha simple de la naturaleza*». Ahora bien, «siempre es pequeño e imperceptible lo que el arte añade a la marcha de la naturaleza» (Pz, s.a., 108s). «El arte es una criada auxiliar de la naturaleza» (Pz, 2001, 122). «En educación, el proceso del arte, sólo cuando coincide con el proceso natural esencialmente activado de un modo humano y divino, es un proceso verdaderamente natural; cuando se halla en contradicción con él, es un proceso innatural y conduce a una degradación artificiosa» (Pz, 2004a, 191).

Para Rousseau, la naturaleza y su autoimpulso es lo supremo y perfecto. Para Pestalozzi, en cambio, al considerar que la naturaleza humana se degradó, hay algo mejor: la acción humana dirigida con buen arte. La acción educativa humana, aun respetando la naturaleza, es superior a ésta, porque es plenamente consciente. «El hombre, por la voluntad del Creador, debe arrancar, de manos de la ceguera de la naturaleza y de su sensibilidad, la instrucción de nuestra especie, para ponerla en manos de mejores fuerzas que ha desarrollado ésta durante siglos», pues el hombre es capaz de dar a la naturaleza «una dirección más precisa y una marcha más rápida» de las que ella ha tenido durante siglos, y esto «porque él es hombre», es decir, un ser racional; para el desarrollo humano, «la naturaleza ha dado solamente fuerzas y medios, mas no dirección alguna» (Pz, s.a., 138).

Por eso, la educación es la única que es capaz de llevar al hombre a su estado moral, es decir, de elevarlo desde su naturaleza sensible a su naturaleza espiritual. La sola naturaleza no da para tanto, piensa Pestalozzi.

El objetivo del desarrollo humano es llegar a la madurez. «La obra del arte ha de hacer madurar la naturaleza o, cuando menos, dejar que ésta madure; ese arte nunca puede conectar sus medios a una capacidad naturalmente inmadura para tales medios, pues, de lo contrario, estos no madurarán ni podrán hacerlo» (Pz, PSW XXII, 298). Cuando la educación promueve un desarrollo prematuro del hombre respecto al que la naturaleza ha

previsto, esta capacidad se efectúa mal (cf. Pz, 2001, 35). La educación, pues, no ha de adelantarse a las pautas de desarrollo señaladas por la naturaleza: «la naturaleza ha recubierto las más elevadas disposiciones del hombre como de una cáscara; si tú rompes esa cáscara antes de que ella se abra por sí misma, estás despojando de su envoltura una perla inmadura y destruyes aquel tesoro de vida que habrías de haber guardado para tu hijo» (2005, 170).

Y en la enseñanza o instrucción pasa lo mismo que en la educación en general. En Didáctica, «el método ha de seguir el curso de la naturaleza en el desarrollo del hombre» (Pz, PSW XXII, 137; s.a., 139). Pestalozzi explica (cf. Pz, 2005, 190-7) que todo su método se adecúa al proceso de la naturaleza, y que los fallos de la educación vienen cuando ésta se aparta de las pautas indicadas por la naturaleza; dice que los tres elementos en que su método se funda, a saber, lenguaje, número y forma, son los medios en los cuales se manifiesta en nosotros y en la propia naturaleza la obra de la razón (cf. Pz, PSW XXII, 162).

El método de Pestalozzi es conforme a la naturaleza (*naturgemäss*) porque hace que la formación de conocimientos en el niño siga el mismo proceso de esa formación en el hombre en estado de naturaleza. Explica Pestalozzi que el salvaje guiado por la naturaleza, durante siglos, sólo conoce cosas (numerales) y las cuenta, pero no tiene el concepto de *número* ni los nombres de los números. Igual ocurre con la medida en lo relativo a la *forma* de los

objetos. «Así pues —dice—, mi método, en lo que concierne a número y forma, claramente no es otra cosa que una restauración del simple decurso de la naturaleza y de la capacidad originaria de la naturaleza de poner, en ambos, el uso de todos los medios numéricos y métricos convencionales mucho después de aquella profunda conciencia de las relaciones reales que, en nuestra propia naturaleza, fundamenta y tiene que fundamentar todas las formas de numeración y de medida» (Pz, PSW XIV, 325).

El conducir al niño, mediante el arte de la instrucción, a la obtención del conocimiento «no es más que un refinamiento del proceso de la naturaleza» en la adquisición del mismo (Pz, s.a., 225). Más aun, el método busca crear en el niño una «segunda naturaleza», al pasar de su naturaleza actual deteriorada a su naturaleza originaria: «el método busca que los fundamentos sensitivos de todas las artes por las cuales se han de satisfacer los elementos de las necesidades físicas, intelectuales y morales de nuestra naturaleza se conviertan para el niño, ya desde la cuna, en otra naturaleza» (Pz, PSW XVII-A, 75).

El estado de naturaleza o estado de inocencia humana original

Dice Tastayre (1992, 57) que «la expresión 'bondad natural' supone la idea de que el bien, lo bueno, los valores éticos, no son cosas adquiridas; el hombre no accede a esos valores mediante elementos que él posee, sino en su mismo ser humano, desde el origen y por el origen. El hombre no aprende lo bueno, sino que él lo es; lo

es, no llega a serlo». Pero esto ocurre y es verdad sólo en el origen, porque, «para Rousseau, la existencia desnaturaiza al ser» (ibíd.): el hombre se hace social, y este nuevo estado es el origen de todos los males morales del hombre; así, por ejemplo, originariamente todos los hombres, siendo buenos, son todos ellos socialmente iguales; la vida social introduce las desigualdades humanas y, con ellas, el mal y los males. Lo dice Rousseau (1977, 142) en su Segundo Discurso: «El alma humana, alterada dentro de la sociedad por mil causas que renacen sin cesar, por la adquisición de una multitud de conocimientos y de errores (...) ha cambiado por decirlo así de apariencia hasta el punto de ser casi irreconocible», pues «todos los progresos de la especie humana alejan al hombre sin cesar de su estado primitivo».

Para Pestalozzi, hay dos formas de naturaleza humana:

- 1) la naturaleza humana original, o estado humano de naturaleza, que supone en el hombre una bondad original;
- 2) la naturaleza humana posterior (que se corresponde con el «estado de naturaleza», de Rousseau), que es el de una naturaleza corrompida y deteriorada.

Según Pestalozzi, en la naturaleza humana original se refleja la esencia divina ínsita en la naturaleza humana, y representa la verdadera naturaleza humana. La naturaleza humana posterior, en cambio, representa una degradación de la naturaleza humana. Dice

Pestalozzi que el cristianismo, al establecer entre Dios y el hombre una relación paterno-filial, restablece el respeto a la dignidad interior de la naturaleza humana; y, distinguiendo entre la naturaleza corrupta y lo que es la verdadera esencia de la naturaleza, pone y señala —en el comportamiento moral— los medios de ennoblecer la humanidad y, así, liberarla de su corrupción. Cabalmente, la educación es el gran medio de cooperar a esta obra (cf. Pz, PSW XIV, 218s). «Jesucristo ha puesto la piedra fundamental única, eterna y subsistente en la esencia de nuestra naturaleza, de todo aquello que buscan y quieren las personas más nobles que hay entre nosotros. Ha edificado su obra, el ennoblecimiento del género humano, sobre la roca eterna de la esencia interior y divina de la naturaleza humana, y ahora toda persona digna puede con confianza conexasión su actividad humana con una obra divina» (Pz, PSW XIV, 220).

Pestalozzi, con su doctrina sobre el estado de naturaleza y el estado social del hombre, sigue muy de cerca a Rousseau. Según éste, hubo primero el estado de naturaleza y luego, por el «pacto social», se originó la sociedad, pasando el hombre a su estado social. Ahora bien, para Rousseau, el estado de naturaleza es pura hipótesis, es un presupuesto antropológico, pues dice que probablemente no existió nunca (históricamente) ni existirá jamás. La versión pestalozziana de esta idea es la siguiente: el niño nace en estado de inocencia originaria, o estado de naturaleza; ahora bien, inmediatamente lo pierde y entra en el estado de corrup-

ción social. También en Pestalozzi, pues, el estado de naturaleza es mero presupuesto antropológico, pero, como tal, muy importante, pues representa la naturaleza humana *ideal*, su naturaleza verdadera, a la cual su estado de naturaleza *real*, imperfecta, debe tratar de acercarse.

Igual que Rousseau, también Pestalozzi piensa que el hombre (en estado de naturaleza) es bueno y la sociedad —o, si se quiere, «el hombre social»— es mala y corrompida: «la esencia de mi naturaleza, el espíritu que hay en el hombre, juzga desde siempre en concordancia con la verdad de mi naturaleza y quiere el bien, pero el hombre tal como es, el hombre tal como ha llegado a ser por las consecuencias de la ignorancia y la impotencia del mundo primitivo y por el deterioro de todas sus instituciones» sociales, «lo único que quiere es dar pábulo a su deterioro» y prefiere todo cuanto es negativo para el bien de los hombres (Pz, PSW XIV, 205s).

Explica Pestalozzi que «el estado de naturaleza es el grado máximo de integridad animal. En tal estado, el hombre es un genuino hijo de su instinto, que lo lleva de un modo simple e inconsciente al placer de los sentidos» (Pz, 2004b, 165). Es amable con los demás seres, es amoral, lleva una vida lúdica y placentera y vive despreocupado.

Pestalozzi se pregunta si tal estado de inocencia y pureza ha existido realmente para el hombre, y responde: «Ciertamente existe un tal estado: es el momento en el cual el niño viene al mundo. Pero tan

pronto como este momento existe, ha desaparecido. Cuando el niño hace su primer llanto, ya se ha traspasado el punto del cual proviene la despreocupación animal del niño» (Pz, 2004b, 169).

Para el hombre (filogenéticamente hablando), el estado de naturaleza cesó cuando entró en el «estado social», ocupándose en el trabajo, el deber, la justicia, la política, el dominio, la guerra, etc.

El comportamiento del hombre natural era bueno, y luego la humanidad se ha descarriado. «La humanidad, por el descarrío de su comportamiento cultural, se ha hecho incapaz de utilizar lo esencial de un comportamiento natural siempre bueno» (Pz, 2001, 54).

Pestalozzi, en su libro *Sobre la idea de educación elemental*, insinúa que podemos vislumbrar la genuina naturaleza humana más allá de la artificiosa y corrupta actuación de los hombres: «En la inocencia del país, en el valle lejano y silencioso en cuyo seno no ha bullido todavía el egoísmo codicioso, encima de las altas montañas cuyas rocas escarpadas el mortecino deterioro del arte no ha podido todavía empañar hasta ahora, ahí podemos encontrar aún el espíritu de la conformidad a la inocencia de la naturaleza. Es allí donde debemos buscarlo» (Pz, 2006, 211).

La pérdida del estado de naturaleza

Comenta Pestalozzi que «el hombre, sintiéndose a gusto en la niebla del desvarío, apacentado en los pantanos de la injusticia, satisfecho con el descuido y falta de delicadeza en los medios de

actuación personal, y perjudicado por la costumbre de verse sometido a las limitaciones más contrarias a la naturaleza, ese hombre ha escogido ahora la vía de la oscuridad, habiendo dejado del todo la vía de la luz» al dedicarse a abusar de los demás y a pisotear la justicia y el derecho. Este egoísmo desenfrenado «suprime enteramente la diferencia entre la naturaleza humana y la naturaleza animal, llevando a dividir la humanidad en dos bandos: «unos individuos que son aguerridos cazadores y otros que son unos desgraciados cazados»; unos, dominadores, y otros, dominados injustamente; «unos cíclopes desprovistos de sentimientos, y unos pobres infelices de los cuales aquellos necesitan tres cada uno para su comida del mediodía» (Pz, PSW XIV, 198). «El hombre, hecho para el bienestar, la tranquilidad, la libertad y una autonomía segura, se ve impedido de ello en la vida social desde todos lados» (Pz, 2004a, 424). El hombre tiene una «inocencia perdida» (Pz, s.a., 233).

Y ¿por qué ha sucedido esto? Porque el estado de naturaleza no es el estado humano perfecto; sus deficiencias humanas lo hacen inestable y lo obligan a evolucionar. «En la pureza originaria de este estado el hombre es benevolente, agradecido y confiado» (Pz, PSW XIV, 143); pero, teniendo unas capacidades muy limitadas, «en ese momento padece unos incommensurables males que nosotros no conocemos, pierde fácilmente la actitud bondadosa, benevolente y confiada de su naturaleza no corrompida y, en unas circunstancias y situaciones vitales desfavorables, se degrada hasta caer en un pro-

fundo embrutecimiento y (...) en una actitud miedosa, desconfiada y violenta cuyas raíces profundas han de ser consideradas como las causas de los males posteriores que sufrirá el género humano» (Pz, PSW XIV, 144).

La causa de la pérdida del estado inicial de naturaleza es el desconcierto derivado de la debilidad e impotencia de los hombres ante la magnitud y diversidad de sus necesidades:

«El sentimiento de esa mala relación produjo en la humanidad una mezcla de temor, desconfianza y violencia y, a buen seguro, esto constituye la esencia de aquel deterioro que la situación originaria de la humanidad ha introducido en su estado de ánimo que, durante milenios, le ha impedido la simple y clara visión de los medios y, al propio tiempo, le ha frenado el desarrollo de aquellas capacidades de las cuales necesitaba para hacer un buen uso de tales medios» (XIV, 196s).

«El ser humano llega al mundo sólo con unos sentimientos, pero no con ideas. Mas el ennoblecimiento de los primeros resulta imposible sin el desarrollo de estas últimas; y, por otra parte, no es posible un desarrollo correcto de estas últimas sin un ennoblecimiento intencionado de los primeros. Por lo demás, ambos, el desarrollo de las ideas y la dignificación de los sentimientos, son anulados por unas mismas causas: la ignorancia hace a la humanidad desconfiada, el peligro la hace temerosa, la impotencia la hace

sufrir y, con todo esto, se produce el deterioro de sus sentimientos» (Pz, PSW XIV, 190).

El hombre en su primer nivel de existencia es cuando más cerca se halla del estado de inocencia, «pero en una debilidad infantil y como en sueños» (Pz, 2004b, 253). En tal estado quiere afirmar su dominio, pero adolece de dos tendencias defectuosas (la pereza y la búsqueda del placer), y todo eso debilita al hombre ocasionando su progresivo deterioro. Por falta de intuición y por sequedad del corazón, ese hombre adquiere índole animal y se hace cada vez más incurable, pasando de un poco de receptividad inicial para la verdad a una aversión a ésta y, de una debilitada adhesión al derecho, a un violento rechazo del mismo. Si el hombre ha perdido su estado original de naturaleza, ha sido por su culpa y obcecación: «nosotros, durante milenios, persistimos en no escuchar la llamada de la naturaleza a abandonar nuestras equivocaciones, sino que más bien continuamos edificando siempre más nuestras instituciones sobre el desvarío, el poder malévol y las pretensiones vanas» (Pz, PSW XIV, 205). El hombre natural se degrada y, para remediarlo, entra en el estado social; «el estado social consiste esencialmente en restricciones del estado natural» (Pz, 2004, 177; como en Rousseau).

El desarrollo de la humanidad comienza con un estado de inocencia: en estado natural, el hombre no conoce el mal y vive inconscientemente de sus propios instintos. Pero la inocencia no es la bondad. Las necesidades vitales suscitan en seguida el

egoísmo y la agresividad; esto tiene lugar en el seno de la vida social, pero no es debido a la vida social. La sociedad no es causa de la corrupción del hombre, sino sólo el teatro donde ella aparece. El hombre pasa, así, del estado natural al estado social.

Para mejor entender las complicadas concepciones de Rousseau y de Pestalozzi en este tema, será bueno leer lo que respecto al mismo comenta Hager (1998, 182):

«Rousseau y Pestalozzi distinguen dos fases en el estado de naturaleza, pero mientras que en Rousseau estas dos fases se diferencian más bien por la manera de vivir del hombre, la cual en la primera fase es la de un buen salvaje que vive como individuo aislado en los bosques, mientras que en la segunda fase es la de una sociedad naciente; en Pestalozzi, las dos fases del estado de naturaleza se distinguen por su carácter moral, el cual en la primera fase —muy fugitiva— es únicamente el de la bondad natural y de la animalidad inofensiva, mientras que en la segunda es el estado de la naturaleza corrompida y de la guerra de todos contra todos, que continúa en el estado de sociedad. Rousseau había subrayado que las dos fases del estado de naturaleza se hallaban caracterizadas por la bondad natural del hombre y que el estado de guerra no empezaba más que con el fin del estado de naturaleza, es decir, con la socialización definitiva de los hombres, mientras que para Pestalozzi *la corrupción*

moral, la depravación de las relaciones humanas, nace ya en el estado de naturaleza, cosa que da a la naturaleza humana, en el sentido de la animalidad, un carácter negativo».

La recuperación del estado de naturaleza

Piensa Pestalozzi que el estado de naturaleza no existe como un hecho real, pero sí como un ideal de la humanidad que ha de estimular al hombre a su autoperfeccionamiento, para acercarse a aquel modo de ser que es su verdadero ser.

El hombre decaído de su estado de naturaleza cae bajo el dominio de su sensibilidad. Pero «el hombre es el único ser que no puede permanecer en esta situación: o se elevará por encima de ella o se hundirá por debajo de ella» (Pz, 2004b, 116). Ahora bien, el hombre, por su impulso moral, puede y debe superar esta situación y esforzarse en conseguir el ideal de la moralidad, y así, «sintiendo profundamente tal disposición, y tendiendo con toda la plenitud de su ser hacia lo mejor y más noble que él puede conocer, busca sólo la perfección interior y no otra cosa» (ibíd.).

Así pues, el hombre, en su estado actual, con su moralidad ha de elevarse sobre su corrupción actual y acercarse a su inocencia original: «por la moralidad, me elevo a la suprema altura que mi naturaleza, esforzándose por conseguir la inocencia, puede alcanzar» (2004b, 253). Aquí viene el papel de la educación y de las leyes, las cuales «deben elevar al hombre, por la autorrenuncia, a aquella capa-

cidad por la cual él es el único que está en disposición de restablecer en sí mismo la inocencia y de convertirse de nuevo en aquel ser pacífico, bondadoso y benevolente que ya es en la incorrupción de su estado animal» (Pz, 2004b, 254).

El estado de naturaleza se deteriora por el estado social, pero éste, por el estado moral, recupera en cierto modo la pureza originaria, sobre todo cuando aparece «la obra de la humanidad: el amor; éste se eleva por lealtad a la obra de sí mismo y, como tal, desarrolla la autorrenuncia, que perfecciona lo más íntimo de mi ser» (Pz, 2004b, 293s).

En Pestalozzi, la «educación natural», esa consigna del s. XVIII, se convierte —dice Osterwalder (2003, 109)— en educación social, puesto que propugna que el tipo de relaciones del padre y de la madre con su hijo puede dar lugar, en lo político, a una forma paternal de dominio y, en lo social, a una hermandad entre los hombres.

Si el hombre, según Pestalozzi, es producto de la naturaleza, de la sociedad y de sí mismo (cf. Pz, 2004b, 248s), esto es el resultado de haber pasado por los tres momentos del hombre natural, el hombre social y el hombre moral: salido del estado de naturaleza, pasa por el molde de las instituciones sociales, pero está destinado a superarlas construyendo su propio ser moral, que es la expresión máxima de su personalidad.

Las pretensiones de moralidad ínsitas en el hombre son lo que lo lleva a pensar,

y con razón en este caso, en la inocencia íntima de su propio estado de naturaleza. Cree Pestalozzi que esa identidad perfecta entre moralidad y naturaleza se da sólo en Jesús, quien sería —él sí— inocente; en cambio, para nosotros la inocencia aparece sólo como una tarea que nos es propuesta en nuestro esfuerzo moral personal.

Uno de los mayores méritos del pensamiento de Pestalozzi es su realismo, que, en este caso, ve que el mundo existente se halla situado entre una inocencia animal y una perfección moral: aun lo bueno y elevado de ese mundo se ve siempre ensombrecido por oscuridades e imperfecciones, las cuales, sin embargo, no impiden tener aspiraciones ideales.

Pestalozzi como seguidor y como superador de Rousseau

El gran paralelo que existe entre las doctrinas de estos dos pensadores nos obliga a hacer unos comentarios que nos hagan ver, también, las profundas discrepancias entre ambos.

Es bien conocida la temprana adhesión de Pestalozzi al Ginebrino, a quien ve

«como una naturaleza superior y como el punto en que, en Pedagogía, el mundo nuevo se va apartando del antiguo. Rousseau, fuertemente impresionado por la naturaleza omnipotente, sintiendo como nadie y con intenso dolor el alejamiento de sus contemporáneos respecto tanto de una vida sensible intensa como de una vida espiritual, rompió con fuerza her-

cúlea las ataduras de la mente y devolvió al niño a sí mismo, y devolvió la educación al niño y a la naturaleza humana» (Pz, PSW XXII, 176).

Pestalozzi habla del *Emilio*, de Rousseau, y no de su *Contrato social*; mas parece fácil comprobar que la influencia rusioniana le viene más bien de esta última obra, que influyó en la concepción pestalozziana del estado de naturaleza seguido del estado social, y también en las ideas de igualdad humana, libertad, democracia y justicia social, que inspiraron la política social de la educación de nuestro autor.

En cambio, ya pronto Pestalozzi se percató de las contradicciones existentes en el *Emilio*, que él califica como un «libro repleto de fantasía y muy poco práctico» (Pz, 2003, 238). En efecto: Pestalozzi quiso aplicar las teorías de Rousseau a la educación de su propio hijo, Jacobo, y entonces se dio cuenta de que no funcionaban.

Pestalozzi critica y supera a Rousseau en las dos tesis esenciales de éste, a saber: que la naturaleza infantil es totalmente positiva y capaz de desarrollarse bien por sí misma, y que el hombre es bueno mientras que la sociedad y la cultura son malas. Respecto de esta última tesis, dice Pestalozzi que Rousseau «no era consciente de aquel excelso punto en que hay unidad de estado de naturaleza y cultura, y sólo del cual procede la diversidad de ambas» (Pz, PSW XXII, 176). Para Pestalozzi, la sociedad, al estar compuesta de hombres, es igual que estos, o sea, tiene a la vez cosas buenas y cosas malas.

Pestalozzi es menos naturalista que

Rousseau, pues no concibe la naturaleza en un sentido tan absoluto como éste. Toma de él la idea de naturaleza como impulso espontáneo, pero no comparte el monismo antropológico de Rousseau según el cual todos los impulsos humanos, por ser naturales, en el fondo son buenos. Pues Pestalozzi sabe muy bien que en el ser humano hay dos clases de impulsos: unos de origen animal y otros de origen espiritual; solamente los segundos son positivos y deben ser seguidos; esto es lo que exige la verdadera naturaleza humana, de modo que cuando el hombre lo hace es cuando realmente obra según naturaleza, porque *la verdadera naturaleza humana es lo espiritual*, no lo animal que hay en el hombre.

Esa cierta relativización de la naturaleza en Pestalozzi viene de dos causas principales:

- 1) Un influjo teológico. Pestalozzi es un protestante que sigue la reforma de Zwinglio (zuriqués como él), no la de Lutero. Según este último, el pecado original mató la naturaleza, de modo que la justificación se opera por la fe sin las obras, y esta fe no tiene nada que ver con la razón. Para Zwinglio, en cambio, más próximo a la doctrina católica, el pecado original no es muerte sino sólo una *enfermedad* del alma, un estado que no acarrea necesariamente la condenación, sino del cual puede uno recuperarse, con la ayuda divina. La naturaleza, pues, aparece con fallos y con posibilidades simultáneamente.

2) Cuatro experiencias tenidas por Pestalozzi en su vida y que mostraban facetas negativas de la naturaleza:

a) Una de tipo personal: su hijo Jacobo, afectado de epilepsia, experimentó un desarrollo retardado; en este caso, la naturaleza no se ajustaba al idealismo educacional de Rousseau.

b) Y tres de tipo *social*:

1ª El fracaso de su institución de Neuhof. Pestalozzi adopta en ella un paternalismo pedagógico e industrial (un cierto *laissez faire*), que choca contra el principio socioeconómico de la productividad.

2ª El infanticidio de algunas jóvenes madres es juzgado con injusticia por la sociedad.

3ª La Revolución Francesa, que empieza con la libertad y termina con una dictadura sangrienta.

Oponiéndose a Rousseau, cree Pestalozzi que el hombre no puede hallar en la naturaleza el sentido de su propia existencia. En la naturaleza hay imperfección, y ésta alcanza al hombre mismo. El hombre debe ir más allá de lo creado, y es así como se le abre el ámbito de la religión. Pero ésta es también obra de la naturaleza y obra de la sociedad, con lo cual adolece de notables fallos. Superando la naturaleza, el hombre llega a lo mejor de sí mismo a través de la *moralidad*, y esto le viene facilitado por la religión. En esto Pestalozzi coincide con

Kant y con el idealismo alemán (pero sin estar influido por ellos).

Dirección del autor: José María Quintana Cabanas,
C/Travesera de Gracia, 266, 3º 2ª, 08025 Barcelona.
E-mail: jquintana@indicerural.com

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo:
30.IX.2006.

Bibliografía

BÖHM, W. (2004) *Geschichte der Pädagogik. Von Platon bis zur Gegenwart* (München, C.H. Beck).

GUTIÉRREZ, M. (1992) Rousseau, Jean-Jacques. *Enciclopedia Pedagógica* (Brescia, La Scuola), vol. V, pp. 10165-81.

HAGER, F.-P. (1998) Pestalozzi ou la nécessité de philosopher, en SOËTARD, M. y JAMET, Ch. *Le pédagogue et la modernité. À l'occasion du 250e anniversaire de la naissance de J.H. Pestalozzi (1746-1827)* (Bern, Peter Lang), pp. 171-92.

MOOG, W. (1933) *Geschichte der Pädagogik* (Osterwieck/Harz und Leipzig, A.W. Zickfeldt Vlg.).

NATORP, P. (s.a.) *Pedagogía Social. Teoría de la educación de la voluntad sobre la base de la comunidad* (Madrid, La Lectura).

OSTERWALDER, F. (2003) Johann Heinrich Pestalozzi, en TENORTH, H.-E. (Hrsg.) *Klassiker der Pädagogik. 1. Von Erasmus bis Helene Lange* (München, C.H. Beck), pp. 101-18.

PESTALOZZI, J. E. (s.a.) *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos* (Madrid, La Lectura).

— (2001) *La velada de un solitario y otros escritos*. (Barcelona, Herder).

— (2003) *El canto del cisne* (Barcelona, Laertes).

— (2004a) *El libro de las madres y otros escritos* (Barcelona, PPU).

— (2004b) *Mis investigaciones sobre el curso de la naturaleza en la evolución de la humanidad* (Madrid, Antonio Machado Libros).

- (2005) *Los destinos de mi vida y otros escritos*. (Barcelona, PPU).
 - (2006) *Sobre la idea de educación elemental* (Barcelona, PPU).
 - PSW (1927-1996) *Pestalozzi Sämtliche Werke. Kritische Ausgabe* (Berlin, Walter de Gruyter), 29 vols.
- ROUSSEAU, J.-J. (1977) *Discursos a la academia de Dijon* (Madrid, Ediciones Paulinas).
- STADLER, P. (1988) *Pestalozzi. Geschichtliche Biographie. Von der alten Ordnung zur Revolution* (Zürich, Verlag Neue Zürcher Zeitung).
- TASTAYRE, R. (1992) La 'bonté originelle' chez Rousseau et l'ê-tre de l'origine chez Freud et chez Heidegger, en *Rousseau, l'Émile et la Révolution. Actes du colloque international de Montmorency* (Paris, Universitas), pp. 57-62.

Resumen: El concepto de naturaleza y de estado de naturaleza en Pestalozzi

En su concepto de naturaleza y de estado de naturaleza, Pestalozzi sigue a Rousseau, pero diferenciándose de él en puntos esenciales. Siguiendo la tendencia romántica, también concibe la naturaleza como sabia, finalista y providente. En la naturaleza humana Pestalozzi distingue dos partes: una parte sensitiva y animal y una parte espiritual; esta última es «divina», y constituye la verdadera naturaleza humana.

La naturaleza del hombre es buena en su estado original, pero el hombre pierde esta bondad en seguida después de su nacimiento. Con esto, el hombre posee una naturaleza corrompida, y el ideal de la educación consiste en hacer que el hombre, por la práctica de la moralidad, se acerque lo más posible a su naturaleza originalmente buena, la cual representa para él un ideal.

Según Rousseau, el hombre es bueno y la sociedad es mala. Según Pestalozzi, la sociedad es igual que el hombre, teniendo unos elementos buenos y otros malos.

Descriptoros: Naturaleza, estado de naturaleza, antropología, inocencia, corrupción, educación.

Summary: The concept of nature and of the natural state in Pestalozzi

In his concept of nature and of the natural state of man, Pestalozzi follows Rousseau, but there are essential differences in the way they understand these concepts. Following the Romantic tradition, Pestalozzi also sees nature as wise, purposeful and provident. He divides human nature into two distinct parts – one of which is sentient and animal, the other spiritual. The spiritual part is «divine» and constitutes the true nature of humankind.

The nature of man is good in its original state, but man loses this goodness as soon as he is born. From then on man's nature is corrupted, and the aim of education is to make it possible for man, through the practise of morality, to get as close as possible to his original state of goodness, which represents an ideal for him.

According to Rousseau, man is good and society is bad. For Pestalozzi, society is like man, with some good aspects and some bad aspects.

Key Words: Nature, natural state, anthropology, innocence, corruption, education.

